

**Por CESAR
SANTOS
FONTENLA**

A los cien años de su publicación, "Alicia en el país de las maravillas" sigue siendo, para muchos, simplemente un libro para niños. Sin embargo, hoy no puede ignorarse que la obra de Lewis Carroll -seudónimo bajo el que se ocultaba un sesudo profesor de matemáticas y avezado jugador de ajedrez, Charles Lutwidge Dodgson- ha supuesto algo fundamental como precedente de toda una vertiente de la literatura moderna, la llamada literatura del absurdo.

El personaje de Alicia, inspirado por la niña Alice Liddell, a quien el relato tuvo como primera destinataria en su forma oral, representa el esfuerzo por luchar, valiéndose del lenguaje como principal arma, contra un mundo hostil en el que ese mismo lenguaje ha dejado de tener sentido. Y Carroll -consciente o inconscientemente- se convierte en el más directo predecesor de hombres aparentemente tan dispares, pero con el signo común de la preocupación por la destrucción de la lógica tradicional como son Joyce o Jarry, Ionesco o los hermanos Marx



"ALICIA"

CUMPLE 100 AÑOS

MIENTRAS se recurre con insistencia en el lenguaje cotidiano y especialmente en el literario, al concepto del absurdo, se olvida, casi sistemáticamente, la obra que quizá ha constituido la primera y fundamental

aportación a todo un modo de plantearse el mundo que ha dado origen a uno de los más importantes movimientos culturales actuales. Me refiero a «Alicia en el país de las maravillas», considerado generalmente como un simple libro para niños y que, sin que en ningún momento pueda discutirsele su condición de tal, es mucho más importante que todo esto. Este año se cumplen los cien de su publicación y, sin embargo, pocos se han acordado de rendir homenaje a su autor, el fabuloso Lewis Carroll. Y, mientras se llenan páginas y páginas hablando de los representantes actuales o más recientes de esta tendencia, se olvida a su más preclaro antecesor.

Lewis Carroll se llamaba en realidad Charles Lutwidge Dodgson y era profesor de matemáticas en Oxford. Con su propio nombre

SIGUE

El cine adaptó, en 1933, y bajo la dirección de Norman Z. McLeod, la popular obra de Lewis Carroll. Charlotte Henry —un tanto credita para el personaje— interpretaba el papel de Alicia. Y bajo las máscaras de cartón fielmente inspiradas en las ilustraciones —del libro se ocultaban los rostros de actores como Gary Cooper, Cary Grant, W. C. Fields, etc...



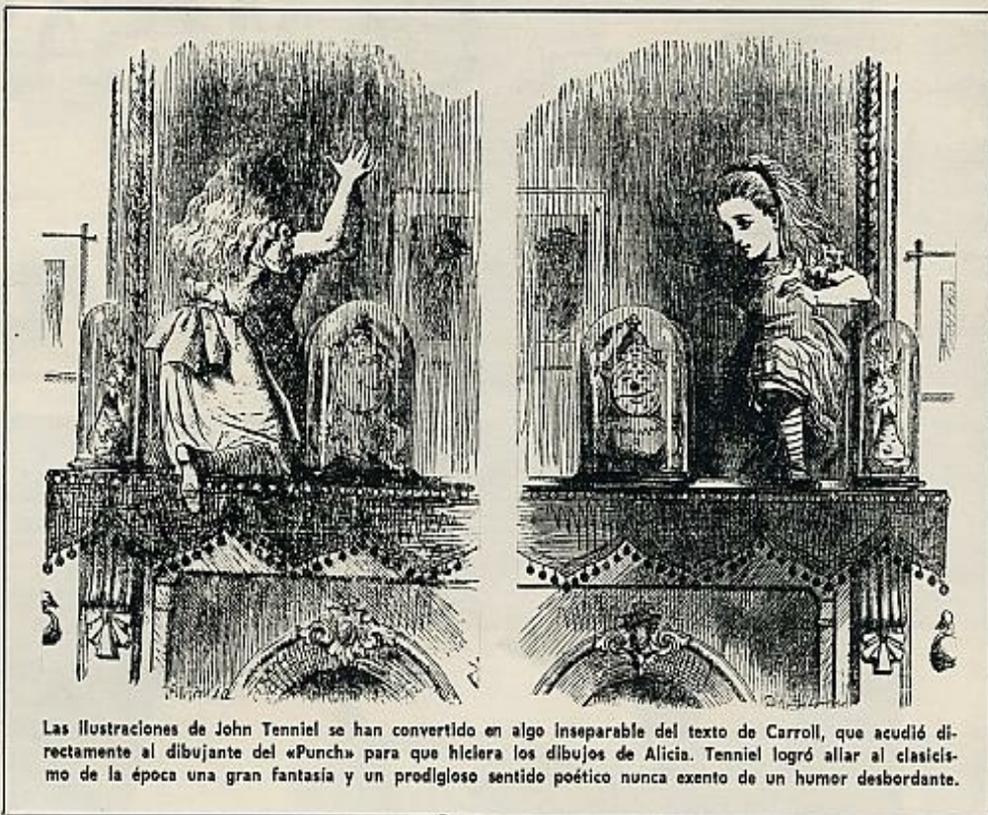
ALICIA

publicó a lo largo de su vida una serie de tratados científicos. Y con el de Carroll, las obras que él consideraba «no profesionales». «Alicia», antes de ser libro, fue simple relato oral hecho a la pequeña Alice Liddell, hija del decano del colegio donde Carroll-Dodgson enseñaba. La niña, gran amiga del profesor, a quien le gustaba mucho la chiquillería, le pidió, en el transcurso de una jira campestre, que le contara —a ella y a sus hermanas— una historia «llena de absurdos». Y lo que empezó como un simple pasatiempo acabó convirtiéndose, tres años más tarde, en un libro que hoy puede considerarse clásico. A su publicación, la Reina Victoria —que, sin embargo, podría considerarse la persona menos indicada para entusiasmarse con el delirante relato— pidió a su autor que le dedicara su próxima obra, quedando sorprendidísima al recibir un grueso volumen de álgebra. Y durante años «Alicia...» se convirtió en un gran éxito, hasta el punto de que Carroll se vio obligado a escribir una segunda parte, «Al otro lado del espejo», que apareció seis años después. Las extraordinarias ilustraciones de John Tenniel —uno de los más populares dibujantes del «Punch»— contribuyeron al lanzamiento del libro. Y no hay que olvidar que, en un primer intento, el propio Carroll realizó sus propios dibujos, aunque prefirió prescindir de ellos y encargárselos a un profesional.

«Alicia...» supone el primer intento literario de ruptura total con las normas de escritura tradicionales. A partir de una distorsión completa del lenguaje se llega a una puesta en causa del mundo en el que este lenguaje sirve como medio de comunicación. Esta destrucción de las palabras se traduce en una aniquilación de los conceptos que tras ellas se enmascaran. Y, sin que pueda hablarse de auténtica revolución, sí puede decirse que se trata de una verdadera rebelión en el dominio de la literatura, rebelión equiparable a la que, en nuestros días, ha supuesto la novelística de un Queneau, el teatro de un Ionesco o, hace unos años, el cine de los hermanos Marx. Este sistemático hacer trizas los conceptos establecidos, que si comienza a la escala del lenguaje continúa por la puesta fuera de juego de una lógica que, en último término, no viene a ser sino la expresión de una concepción del mundo que no corresponde a la realidad existente, es un camino como otro cualquiera —y muchas veces más eficaz por más «posible»— para plantear una crítica de una sociedad y una moral con las que no se está de acuerdo. Crítica que, si no ofrece respuestas, al menos obliga a hacerse preguntas.



Casi veinte años después de la primera versión cinematográfica de «Alicia», Walt Disney realizó otra en dibujos animados, en la que se fundían las dos partes. La secuencia de las cartas de baraja fue una de las mejores dentro de lo discutible que resultaba el film. Sobre estas líneas, un momento del doblaje, en el que intervienen, junto a Kathryn Beaumont, que sirvió de modelo para los dibujos, Jerry Colonna y Ed Wynn.

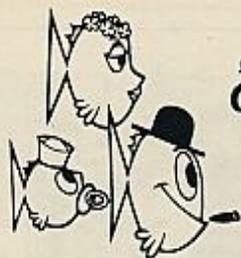


Las ilustraciones de John Tenniel se han convertido en algo inseparable del texto de Carroll, que acudió directamente al dibujante del «Punch» para que hiciera los dibujos de Alicia. Tenniel logró alliar al clasicismo de la época una gran fantasía y un prodigioso sentido poético nunca exento de un humor desbordante.



Quizá —aunque no parece probable— Carroll no fuera consciente, en el momento de escribirlo, de la importancia de su libro. Alice Liddell, cuando se trató de llevar a la letra impresa el relato oral, pidió un libro con muchas ilustraciones y muchas conversaciones y de ahí, en efecto, pudo surgir la gran importancia dada al lenguaje y la especial concepción tipográfica del volumen, que hasta cierto punto podría considerarse como un precedente de los «comics». Pero ha de tenerse en cuenta que Carroll era un matemático y, además, un gran jugador de ajedrez, lo que hace pensar que en ningún caso escribiría fiándose al azar de su inspiración y que si eligió el método narrativo que fue el de «Alicia» lo hizo con pleno conocimiento de causa. Por otra parte, que el afán de reconstruir el lenguaje previa destrucción del usual no fue cosa accidental lo prueba el que ya en un informe escolar sobre Carroll, cuando éste tenía doce años, se decía de él lo siguiente: «Es, además, maravillosamente ingenioso al sustituir las formas ordinarias de nombres y verbos, tal como se encuentran expuestas en nuestras gramáticas, por analogías más **SIGUE**

Al desistir de ilustrar por sí mismo el libro, Carroll envió a Tenniel una fotografía de Alice Liddell para que le sirviera de modelo, pero éste prefirió inspirarse en Mary Hilton Badcock, que también posaría, seis años más tarde, para «Del otro lado del espejo». A izquierda y derecha, respectivamente, las «Alicias» de Lewis Carroll y John Tenniel.



¿por qué... CAMISAS

Terlenka®?

SEDA - SUECA, 1960 S.A.



¿CÓMO QUE POR QUÉ? PORQUE LAS CAMISAS TERLENKA PERMITEN ELEGIR CON ACIERTO, VARIADOS TIPOS, MODELOS... Y PRECIOS. SON AUTÉNTICAS CAMISAS LAVAR Y LLEVAR SIN NECESIDAD DE TRATAMIENTOS QUE CASTIGAN LAS FIBRAS.



La fórmula europea del vestir

exactas o expresiones de su propia cosecha. Este eventual defecto desaparecerá por sí mismo a su debido tiempo, aunque fluye libremente en la actualidad. Puede anticipársele una gran carrera...».

En todo caso, consciente o no, la influencia de Carroll, confesada o inconfesada, ha sido enorme en la llamada literatura del absurdo o, empleando el término inglés equivalente, del «nonsense». Este «nonsense», que en el lenguaje cotidiano tenía un sentido peyorativo, ha pasado a designar algo distinto a partir de su asunción por la cultura. Y si antes se ha citado a Queneau, Ionesco y los Marx —entre los que, especialmente, Groucho sería un exacto exponente de comportamiento y lenguaje «nonsénsico»— podría hablarse también de Joyce y Alfred Jarry— cuyo «Ubu» habría que estudiar con la atención que se merece—, de los surrealistas y, entre nosotros y a una escala menos radical, del Mihura de «Ni pobre ni rico, sino todo lo contrario». John Lennon, el «beatle» escritor, reconoce asimismo su parentesco con Carroll. Y, en suma, todo el humor más moderno y más dislocado es deudor, en uno u otro grado, de este libro que, durante demasiado tiempo, ha sido relegado al departamento de la literatura infantil y que, si muchos han conocido en su infancia, pocos se han molestado en releer a la luz de la razón.

C. S. F.

(Fotos Archivo)

ALICIA



La herencia de «Alicia en el país de las maravillas» ha sido recogida por toda una vertiente de la literatura, el cine y el teatro actuales. Arriba, los hermanos Marx, entre los que especialmente Groucho es un puro ejemplo de lenguaje y actuación «nonsénsicos». A la izquierda, una escena de «La cantante calva», una de las primeras piezas de Ionesco, en la que la destrucción del lenguaje y la aniquilación de la lógica tradicional sirven de vehículo a la crítica de una sociedad en la que lenguaje y lógica resultan inoperantes.